

## INTERMINABLE

Corría. No sé realmente a dónde, por qué, para qué y mucho menos para quién. Pero corría como nunca había corrido ningún corredor: sin barreras. Corría pero no había una pista, ni siquiera un terreno concreto; ilimitada carrera. Las figuras del espacio se hacían invisibles cada vez que daba una zancada. Hubiera sido típico que me viera desnuda ante esa infinitud espacial, pero no. Iba vestida. No puedo recordar qué es lo que llevaba puesto, pero me acuerdo perfectamente de la sensación de pesadez que me causaba fuera lo que fuera lo que llevase en aquel momento. Corría y corría y, sin embargo, no me cansaba. No solo eso, sino que era consciente de que era incansable y de que siempre lo sería. ¿Hay algo más frustrante que eso? Tener la certeza de que esa carrera no acabará nunca y, aun así, no poder frenar.

Me dijeron que me desperté de sopetón. Con un suspiro hondo. No recuerdo ese instante. Quizá sea porque suelo confundir sueño y realidad. O al revés. Quizá confundo realidad y sueño. ¿Qué más da? La primera imagen de la que sí consigo acordarme, a la perfección además, es mi cuerpo desnudo -ahora sí-, sudoroso -y no solo sudado-, tembloroso -y no solo temblando-. Aterrorizado. Mi alma, en cambio, no tenía miedo. No estaba asustada en absoluto. Pero mi cuerpo sí. Tardé unos minutos en darme cuenta de que había alguien a mi lado mirándome fijamente, como si estuviera entendiendo esa peculiar escena. Como si me estuviera esperando en la meta de aquella larguísima carrera que creía haber corrido. Habló; entendí que no, que no había entendido nada, ni de mi sueño, ni de mi realidad.

“Ya está, pequeña, no llores más, estás aquí, sana y salva. Estás viva; solo era un sueño”. ¿Rabia o pena? “No, papá. No estoy viva”. La cara de mi padre era como para escribir ocho tomos de una novela. No dijo nada, pero sé que esperaba algo más de mí, como siempre lo hacéis todos vosotros, que no solo no sois poetas, sino que no entendéis qué es serlo -la inefabilidad-. Intentó tocarme, como para que despertarse (absurdo, ¿verdad?) de aquella realidad ficticia. Pero no. Yo le suplicaba, una y otra vez, que no, que, por favor, no me reviviese. Que yo no podía vivir más con mi alma eternamente dormida. Entonces lo entendí. Entendí por qué mi cuerpo lloraba tanto, por qué tenía tanto miedo: nunca antes se había sentido solo, sin su fiel compañera, sin mi alma. El cuerpo lloraba porque jamás volvería a estar vivo. Aunque, por lo menos, lloraba. Mi alma ya ni eso. Mi alma no volvió a llorar desde aquel día. Un alma muerta no ríe, no siente, no llora.

Marina Barrientos